Memorias de Burkina Faso

Laura Carabasa Garcia · Andrea Sellés Vidal

Índex

1. La presentación
2. La llegada
3. Los primeros días
4. El orfanato
5. La comida
6. La vida de barrio
7. Los niños
8. La gente
9. Seidou y las vascas
10. C’est l’Afrique

La presentación

Nosotras somos Andrea y Laura, dos chicas, actualmente de veinte años, que les inquietaba saber qué hay más allá del día a día en el cual vivimos. Conocer otra cultura para aprender de ella y sobretodo vivir de primera mano la experiencia burkinabé.

Tras un largo proceso de selección, tanto de ONGs, como de proyectos, decidimos aventurarnos con CCONG en el orfanato Home-Kisito situado a Uagadugú. Fue uno de los proyectos que más nos llamó la atención así que, decidirnos no fue muy difícil.

Cogimos los vuelos en noviembre y no nos íbamos hasta agosto del año siguiente. Durante estos meses preparamos el viaje con muchas ganas y con mucha intensidad; correos, documentación, consulados y alguna que otra consulta médica.

Hemos intentado explicar de la mejor manera nuestra experiencia en Burkina Faso, pero ni todas las palabras del mundo podrían describir la mitad de lo que vivimos allí. Pensábamos que éramos conscientes de que las cosas no se cuentan, sino que se viven, hasta que llegamos a África. Por mucho que te lo cuenten, tienes que vivirlo. Aun así, vamos a intentarlo.

La llegada

Llegamos a Uagadugú la madrugada del 27 de agosto. En ese momento llevábamos más de 30 horas desde que habíamos salido de Barcelona y nos había dado por mucho; una visita exprés en Estambul, una noche de hotel gratis y un retraso de más de 5 horas. Aprovechamos para saludar a los dos colombianos que nos hicieron más amena la espera y al turco que nos salvó la vida. ¡Empezábamos bien!

En el aeropuerto de Uagadugú nos esperaban Seidou y Alaitz. Los cuatro y el taxista llegamos, no sabemos cómo, a la asociación, que sería nuestra casa durante los próximos 15 días.

Estamos segurísimas que aquí, el taxi, no habría pasado la ITV; palanca para abrir maletero, las puertas solo se abrían desde dentro y el cambio de marchas se le quedo en la mano más de una vez. Aun así, llegamos enteras a la asociación. ¡C'est l'Afrique!

Los primeros días

"Día 28. Nos hemos levantado a las 6.30h de la mañana, hemos desayunado (pan, aceite y sal) y hemos cogido la bici. Llevamos menos de dos días en África y ya nos hemos comprado una bici, así con las otras tres bicis que hay en la asociación, podemos ir las cuatro al orfanato.

El orfanato ha sido impactante realmente. A las once hemos terminado la faena por hoy y nos hemos dispuesto a volver en bici a casa. ¿Problema? Ha empezado a llover como si no hubiera un mañana. ¡C'est l'Afrique; chubasquero, carretera y manta! Por si no fuera poco, a Alaitz se le ha salido la cadena y hemos parado a un mecánico. Nos ha visto tan apuradas que nos ha llevado a casa, a nosotras y a las cuatro bicicletas.

Hoy hemos comido espaguetis con tomate, la verdad es que son muy parecidos a los de aquí, aunque el tomate se cocina muy diferente.

Ayer quedamos que con los niños mayores del barrio iríamos a jugar a baloncesto al estadio y así ha sido. El camino hacia allí ha sido bastante entretenido ya que con la que había caído antes había un montón de charcos y nos hemos puesto perdidas.

Hemos estado jugando a baloncesto y hemos vuelto a casa. Habían traído las telas a la asociación así que hemos ido a "*le telier*" es decir, al costurero, porque nos tomara las medidas. Estábamos flipando, en menos de dos días nos habían invitado a una boda y además nos hacían un vestido a medida. Se ve que la novia escoge una tela y todos los invitados que se lo puedan permitir se hacen un vestido para la ocasión.

Hoy cenamos huevos, buenas noches. Por cierto, dormimos cada día dentro de una mosquitera, increíble pero cierto. Aun así, creemos que o hay algún agujero o que tenemos pulgas en el colchón porque nos levantamos cada día llenas de picaduras."

El orfanato

Nuestro voluntariado en Burkina Faso consistía en el orfanato Home Kisito situado a media hora en bici de la asociación. Cada mañana, de lunes a viernes, nos levantábamos a las 6.30h para comer algo y salir en bicicleta hacia allí.

El orfanato era muy rutinario; las trabajadoras levantaban a los niños y los sentaban en los pupitres del comedor, entonces llegábamos nosotras. Cada día ayudábamos a dar el desayuno a los niños, comían una especie de cereales mezclados con leche que la verdad que hacía muy buena pinta.

Después era hora de bañarse. Era muy fuerte, llenaban tan solo dos cubos de agua caliente y daba para bañar a veinte niños. Una lavaba, la otra secaba, otra ponía el pañal y la última vestía al bebé.

Antes de volver a comer, y lo decimos así porque nos daba la sensación de que los niños solo comían y dormían, jugábamos en la sala un par de horas. La hora de comer era un auténtico caos; eran veinte niños esperando comer y solo 5-6 personas dando comida, eso significa que 5-6 niños estaban ocupados comiendo, pero todo el resto llorando pidiendo comer.

Lo siguiente era lo más divertido, cambiar los pañales de toda la mañana, es decir sorpresa detrás sorpresa. El concepto pañal era un poco diferente, allí consistía en una servilleta de tela en forma de triángulo y otra más plegada en la parte central que, con ayuda de nudos podía aguantar toda la mañana.

Nuestra faena terminaba cuando poníamos a los bebés en las cunas para hacer la siesta. Y vuelta a casa en bici.

No hace falta decir que las rutas en bici eran una aventura cada día. El tráfico era abundante y la contaminación aún más, hay pocas carreteras que estén pavimentadas y las rotondas son una odisea. Hay quién dice que los vehículos que no quiere nadie terminan en África y no dudaríamos mucho.

La comida

Lo más impactante y en lo que tienes que tener más precaución es en el agua. Nuestro organismo no tolera el agua de África, eso implica que no podíamos beber del grifo ni aceptar ninguna bebida de la calle, teníamos que beber agua embotellada, que venía en unas bolsas de plástico, mordías un borde y salía por allí.

Podíamos utilizar agua del grifo para cocinar siempre y cuando esa agua hirviera. Para ducharte no había problema siempre y cuando no abrieras la boca para que entrase agua. Hasta para lavarnos los dientes teníamos que utilizar agua embotellada.

Respecto a la comida nuestro menú era bien sencillo; comíamos pasta, arroz, huevos, patata y pan. Por las mañanas solíamos comer pan, aceite y sal. Comíamos arroz y pasta, alternando un día cada cosa, con tomate principalmente. La cena era casi siempre huevo con patatas, huevo solo o patatas solas.

Algún día tuvimos antojo de comer pan con chocolate y fuimos a comprar bombones a una tienda más grande, los deshicimos al baño María y salió un almuerzo riquísimo.

También probamos la comida típica de allí, el to i el bissap. Un día vino a la asociación Fatoumata la cual nos ayudó a cocinar el to, que vendría a ser como una parte del maíz mezclada con agua y hecha gelatina. Se combina con la salsa que más te guste y principalmente sabe a eso. El bissap lo probamos la última noche, en la fiesta de despedida.

Bea también nos dejó probar más de una vez su delicioso arroz con especies y pescado, que todavía no sabemos qué lleva, pero de verdad, muy bueno. Queríamos vivir la experiencia burkinabé al pie de la letra así que, en más de una ocasión, comimos con las manos y tan a gusto. ¡C'est l'Afrique!

La vida de barrio

La vida en Uagadugú es una vida completamente de barrio. Durante todas las horas de sol ves gente en la calle, ya sea personas trabajando, grupos de amigos y un montón de niños. Hay que decir que, muchas de esas personas son hombres; las mujeres se quedan en casa cuidando de los más pequeños, cocinando o simplemente rezando.

Su vida, y hablo de los hombres porque no tuvimos la oportunidad de relacionarnos con muchas mujeres, era muy sencilla y rutinaria. Se levantaban con el sol, es decir a las 6 de la mañana, iban a trabajar; había carpinteros, pintores, vendedores, comerciantes,

etc. Con lo que ganaban compraban algo para comer para ellos y la familia y toda la tarde la pasaban reunidos. El punto de encuentro quedaba muy cerca de la asociación así que nos juntamos muchas horas con ellos y haciendo algún que otro parchís. Encontrábamos muy mal que siempre fueran las mujeres las que se quedaran en casa, así que les pedíamos que vinieran abundantes veces.

De ellos aprendimos muchas cosas. Entre ellas las que más nos sorprendieron fueron su fiel respeto a la religión y su equivoca visión de Europa. Allí si no eres musulmán, cristiano o protestante estás mal visto. Cada uno defendía su opinión pero no podían entender que nosotras no creyéramos en ningún dios.

Seidou era protestante, así que cada domingo íbamos a la iglesia. Antes pasábamos por casa de sus padres ya que era el único día de la semana que se veían. La ceremonia duraba 3 horas y media y no tenía nada que ver con el concepto que tenemos de misa; parecía un musical de todas las canciones que se cantaban. El primer día nos hicieron presentar, a nosotras, que no habíamos hablado francés en nuestra vida.

Ya que estamos hablando de fiestas religiosas, no queremos pasar por alto el bodorrio al que acudimos. Se casaba la prima de Bea y ella misma nos invitó a la boda que se celebraba al mismo barrio. Estuvimos toda la tarde y parte de la noche comiendo y bailando como auténticas burkinabés. Estuvo muy pero que muy bien.

Para ir a la boda nos hicieron vestidos a medida en “le telier” de nuestra calle. Como nos gustó tanto el trato y su manera de trabajar, decidimos encargarle más prendas para llevarnos de recuerdo. Nosotras nos hicimos una bolsa, un peto y un top. Estos seguro que nadie los va a tener iguales.

En nuestra calle también había unas chicas que ejercían de peluqueras, así que Laura y Naiara decidieron darles 3 horas cada una de trabajo haciendo trenzas, trenzas y más trenzas. Contamos unas 75 por cabeza, ¡Qué locura! En casa de las peluqueras aprendimos a llevar a su niña envuelta en un pañuelo como las burkinabés y otro día probamos como era llevar las bandejas en la cabeza que tantas habíamos visto.

Los niños

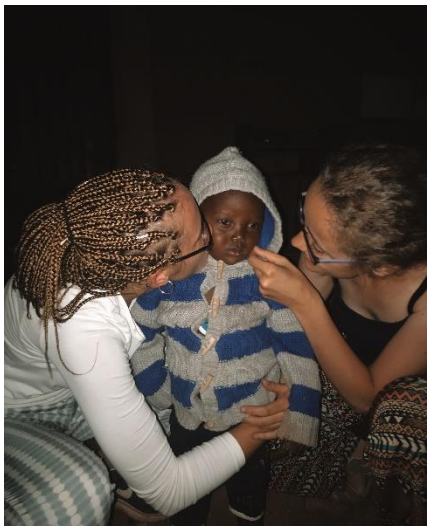
Si nos preguntan por Burkina lo primero que nos viene a la cabeza son los niños, sin duda alguna. Des del primer momento hubo una conexión especial; cuando salíamos por la mañana en bici, si no escuchábamos más de veinte veces “nassara” no lo escuchábamos ni una. Nassara significa persona blanca en moré, su lengua nativa, y flipaban cada vez que veían una. Había niños que se acercaban y nos daban la mano, siempre la derecha, “bonjour” por la mañana, “bonsoir” por las tardes y “bon arrivée” cada vez que llegábamos a cualquier sitio.

Hay quién dice que los niños de África desarrollan más creatividad que el resto de niños, y es que allí, pasan muchísimas horas en la calle sin prácticamente nada. Con cuatro palos organizan una carrera de caballos, con seis botes se montan una batería y con diez cacahuetes se plantan una paradita. Así que no me extraña que el día que intentamos sacar globos pasara esto.

Ya sabíamos que se volvían locos con los globos, así que decidimos inflarlos dentro de la asociación con las puertas cerradas para sacarlos todos de golpe. Algún que otro niño nos vio y se pusieron todos espiando debajo la puerta. No exageramos si decimos que había 20 niños esperando, a la foto no se ven todos. Así que, nuestra mejor solución fue ir tirando los globos por encima de la puerta; los mayores pisaban a los pequeños por cogerlos primero, niños llorando, gritando, picando a la puerta…Fue tal caos que no volvimos a sacar globos.

Por si no fuera poco, otro día decidimos pintar. En el momento que sacamos los colores y los cuadernos, nos rodeamos automáticamente de todos los niños del barrio. Estaba claro que no había papeles suficientes para todos, así que os podéis imaginar el desmadre que se montó.

Si nos permitís, en este apartado haremos una especial mención a dos niños que nos robaron el corazón. El primero es Wallie. Wallie tenía 2 años y era una auténtica monada; lo vimos el primer día y desde entonces cada noche venía a despedirse. Y la otra es Nuria. Nuria tenía 4 años y des de que oímos cómo se llamaba no podíamos creer que este nombre fuera tan internacional. Os mandamos un fuerte abrazo y mil besos.



La gente

Aunque mayoritariamente pasáramos más tiempo rodeadas de hombres, vamos a presentar a nuestras dos mujeres en África.

Bea. Conocimos a Bea porqué era la encargada de limpiar la asociación los lunes y los jueves, era una pasada cómo de rápido limpiaba y lo bien que quedaba. La primera vez que la vimos nos invitó a la boda de su prima, podéis ver que fue un contacto muy directo, pero nada fuera de lo normal en África. En la boda comimos un arroz que ella misma había cocinado, así que un día la invitamos para que nos enseñara los secretos de su receta. Siempre iba acompañada de sus hermanas, era muy familiar. El último día le regalamos la bici que nos compramos; ahora Bea podrá levantarse cada día una hora más tarde para ir a trabajar y esto, creednos, nos hizo demasiado contentas.

Fatoumata. Si queríamos ver a Fatoumata solo teníamos que cruzar la calle, junto a su marido llevaban la tienda de enfrente, lugar que coincidía con el punto de reunión del barrio. Fatoumata era solo un año mayor que nosotras y ya estaba casada y trabajando en un negocio. Se le notaba que era muy joven por su vitalidad a la hora de hacer las cosas y su actitud para afrontar la vida. Ella decía que no, pero nosotras creemos que estaba embarazada, suerte que no entiende el castellano. Fatu, un beso.

Saiouba. No estamos seguras de que se escriba así, pero Saiouba era el marido de Fatoumata. Eran de los matrimonios más jóvenes y nos sorprendió la complicidad que tenían, había mucha comunicación entre ellos y mira que esto allí, es muy difícil de encontrar. Saiouba era la primera persona que nos encontrábamos por la mañana, él se levantaba a las 6 para ir a recoger el pan y abrir la tienda; por seguridad, no dormía en su casa, sino que dormía ahí mismo en unas condiciones infrahumanas. Nosotras a las 6 y media íbamos a por el pan y nos preguntaba si habíamos dormido bien, qué irónico.

Moustafa. De los hombres del barrio, Moustafa fue el más cercano. Siempre intentaba hacernos hablar francés, con lo poco que sabíamos. Tenemos que decir que sabía un poco de inglés y por lo tanto íbamos mezclando. Seguro que él hablaba de una cosa y nosotras de otra, pero así pasábamos las tardes. Siempre que pensamos en Moustafa nos vienen a la cabeza sus dos mellizos que les dábamos miedo y su dulcísimo té. En África no suelen comer muchas cosas dulces, así que, a la hora de servirse el té, ponían medio vaso, sin exagerar, de azúcar y medio vaso de té.

Amidou. Qué fácil es coger cariño a Amidou. Seidou decía que era su hermano, pero a los días descubrimos que en África a toda la familia se les llama hermanos y realmente eran primos hermanos. Amidou era la persona más empática de allí; él a fue a estudiar Sociología a Ghana, es por esto que también hablaba inglés, punto muy positivo para nosotras que no sabíamos nada de francés. Era difícil encontrar a alguien que pensara que estudiar era una inmersión de futuro y no una pérdida de tiempo. Hablar con él era mucho más que hablar sobre los monotemas que podías hablar con cualquiera; mujeres, religión y Europa.

Seidou y las vascas

Hemos dejado para el último las personas más importantes en nuestra aventura por Burkina Faso. Ellos son los que des del primer momento hasta el último, han estado, guiado y ayudado en lo que hacía falta.

Seidou. Seidou vive en la asociación de discapacitados donde nos alojamos y es el responsable de los voluntarios. En una operación después de un accidente perdió la pierna. La suerte le puso Rafael en su camino y la verdad es que su vida ha dado un giro de 180º. Seidou es un padre, un hermano, un amigo durante la estancia. Cuida de ti como si fueras parte de él. A veces es un poco cabezón y no se le pueden discutir las cosas, pero sabemos que cuando estás al cargo de alguien a veces quieres sobreprotegerlo. El último día fue el más emotivo; durante muchos días nos dijo que

quería beber una Brakina (cerveza propia de Burkina) así que decidimos comprarle una y dársela el último momento. Él nos regaló unos sombreros hechos a mano que no pueden ser más auténticos. Nos descuidábamos lo más importante; cada día lo vimos con ropa de trabajar, él era carpintero, solo lo vimos arreglarse más para ir a misa y a la boda. Lo que más nos sorprendió es que se pusiera su mejor traje para acompañarnos al aeropuerto. ¡Menudo hombre!

Y las vascas. Alaitz y Naiara son dos chicas de nuestra edad del País Vasco. Ellas estuvieron en Burkina el año pasado un mes y este año volvieron todo el verano. Estuvieron con nosotras des del primer momento y de verdad que, sin ellas, no hubiera sido lo mismo. Para nosotras todo, absolutamente todo era nuevo, en cambio para ellas era muy normal. Así que nos aconsejaban, nos decían qué escoger en cada momento, sabían dónde podíamos encontrar lo que necesitábamos y allí, las querían muchísimo. Si nosotras en dos semanas cogimos cariño a mucha gente, no me imagino ellas dos meses, decían que encontraban en África algo especial, que congeniaban, que se sentían como en casa y se les notaba un montón. Así que chicas, si nos leéis, muchísimas gracias por todo, sin vosotras no hubiera sido lo mismo y un fuerte abrazo desde Bellpuig.

C’est l’Afrique

Y hasta aquí nuestro pequeñísimo grano de arena en Burkina. La vuelta a la rutina se hizo un poco cuesta arriba ya que el ritmo de África es muy diferente al ritmo que nosotras estamos acostumbradas, no tienen horarios, rutinas, prisa, no existe el estrés.

Ha sido un viaje de los que quedan para siempre, ya sea porque era muy poco parecido a los viajes que solíamos hacer o por el significado que tiene para nosotras. Sí que es verdad que hemos pasado muy poco tiempo allí pero suficiente para recibir un trato súper familiar y coger mucho cariño a la gente.

No vamos a decir que Burkina nos ha cambiado la vida, pero sí que nos ha abierto un poco más los ojos y ver que existe otra realidad muy distinta a la nuestra. Cuando conocimos a Rafael, que es el presidente de la ONG, nos contó que hay algo especial en África que cuando vas te encuentras con ti mismo, con tu origen. Y es verdad, llevas pocos días allí y sientes como si eso ya lo habías vivido antes, te sientes como en casa, como si encontraras tu origen.

Nos llevamos un pedacito de África y dejamos uno de nuestro aquí. À reveure Burkina Faso, ha sido todo un placer.